

HUGO SIGMAN Y GINÉS GONZÁLEZ GARCÍA: UN DIÁLOGO SOBRE NUEVOS PARADIGMAS EN MEDICAMENTOS

El rector honorario de ISALUD y el empresario y presidente del grupo Insud dialogaron sobre innovación, inversión y políticas públicas en el ámbito de la salud; cómo asegurar remedios de calidad pero accesibles para quienes lo necesitan

Ambos cuentan con una extensa trayectoria en el ámbito de la salud, más allá de sus pasiones y recorridos políticos. Las Jornadas de Economía de la Salud fueron un buen momento para conversar, analizar y debatir los nuevos desafíos que enfrenta el sector en un mundo ávido de inversiones, pero al mismo tiempo inequitativo y en una etapa de transición respecto al mundo del trabajo y las nuevas tecnologías. La biografía de Hugo Sigman es multifacética: médico psiquiatra de profesión, fundador del Grupo Insud, que ha desarrollado medicamentos de alta calidad ampliando sus investigaciones en vacunas y productos biotecnológicos para uso humano y veterinario. Además, incursionó en el mundo literario y cinematográfico como productor de películas muy taquilleras como *Relatos Salvajes*, *El Clan* y la más reciente, *La Cordillera*.

De Ginés González García, actual rector honorario de la Universidad ISALUD, de más está decir su extensa trayectoria en el campo aca-

démico y político. A continuación, el diálogo que ambos mantuvieron frente a un auditorio repleto que los escuchó expectante.

Ginés González García: –Estamos viviendo una situación excepcional, de acceso a nuevas terapéuticas, pero, al mismo tiempo, de serias dificultades en el acceso al conjunto de la población que están poniendo en crisis el sistema de financiación público y privado, a raíz del alto costo en medicamentos ¿Cómo ves el panorama?

Hugo Sigman: –La Argentina tiene una historia en biotecnología muy buena. Fue el primer país que empezó a producir proteínas recombinantes genéricas y conjuga, además, recursos humanos con cierta experiencia industrial, de gente que ha producido varios años en el exterior y han vuelto al país. Esto me hace ver con bastante optimismo el desarrollo de medicamentos genéricos y, en algunos casos, en medicamentos originarios. Aquí hay que introducir un tema que es muy importante: el desarrollo público-privado.

Hay que hacer proyectos de cooperación entre un sector y otro, ya no sólo en transferencia de conocimientos. Si el sector público actúa con sabiduría e inteligencia, haciendo valer el poder de compra que tiene, podría, sin ningún gasto accesorio, estimular la producción de los nuevos medicamentos en la Argentina. El sector de salud argentino compra muchísimo medicamento y podría ponerse en marcha algo similar al modelo brasileño, entonces el horizonte se vería con más optimismo. En Brasil cuando el Gobierno compra un medicamento importado, si luego pasa a fabricarse completamente en el país, con la inversión que requiere, tanto para la fabricación como para la transferencia de tecnología, el Gobierno se compromete a comprarle ese medicamento en forma exclusiva a la empresa que lo fabricó localmente por un número determinado de años. Lo hace al precio máximo pactado, no hay un plus de precio. Con este modelo, Brasil se transformó en líder mundial de negocios. Así, el Estado puede



“Argentina tiene muchas chances, no sólo en el sector de productos de salud humana, también en salud vegetal porque alcanzó un desarrollo biotecnológico extraordinario”

conseguir que empresas nacionales o internacionales (de cualquier origen de capital), se instalen en el país, fabriquen el producto, se incorpore la tecnología y se lo venda al sector público.

GGG: –Hoy las posibilidades de acceder a la tecnología son muy altas, no implican una barrera, pero hace falta tener la vocación y la inteligencia para articular la cooperación entre lo público-privado, fundamental para producir cualquier tipo de avance.

HS: –Yo creo que Argentina tiene muchas chances, no sólo en el sector de productos de salud humana, también en salud vegetal porque alcanzó un desarrollo biotecnológico extraordinario. En biocombustibles se transformó en líder mundial, igual que en el sector alimentación y el forestal. La biotecnología de hoy abarca a muchos sectores de la economía argentina y tiene un gran desarrollo y potencialidad. Este Gobierno acaba de aprobar una ley que favorece la inversión en biotecnología, con algún tipo de subsidio fiscal que va a estimular bastante la inversión. Que la industria farmacéutica trabajara junto con el Estado le daría la posibilidad de construir mejores cifras, datos epidemiológicos de las enfermedades raras y de alto costo. Me encantaría que así fuera, pero aún me resulta una quimera. Argentina tiene una falta de datos en temas más elementales, que

serían muy fácilmente solucionables, si las empresas farmacéuticas se pusieran más cerca del sector.

GGG: –¿Por qué a tu entender en la Argentina no hay mucha investigación básica? ¿Con el antecedente de tres premios Nobel se puede sostener eso?

HS: –El recurso está, pero pasa lo siguiente. Pongo el caso de la hepatitis C, que fue desarrollada por una Universidad, luego se la licenció a una pequeña compañía en los Estados Unidos, que la desarrolló hasta un punto determinado y se la vendió a otra. Este circuito se repite en muchísimos productos. ¿Qué pasa? La *startup*, que es esa compañía que tomó la licencia en la Universidad, tiene un alto nivel de fracaso, que no significa que le vaya mal, porque los éxitos cuando se dan son muy importantes. Pero hay una etapa de las *startup* que se la conoce como el baile de la muerte y es esa primera parte del desarrollo de una compañía, que necesita inevitablemente de un capital de riesgo. Yo creo que el problema en la Argentina está en la ausencia de un sistema financiero que funcione. Los investigadores están. Todas las *startups* los tienen. A la Argentina le falta un sistema financiero que acompañe a los investigadores en su espíritu de transformar su primer conocimiento en una prueba de concepto y la prue-

ba de concepto en un producto. Ahí está la falla.

GGG: –Cómo ves la idea de los biosimilares en la Argentina para contrarrestar los precios ¿Pueden ser una solución como lo fueron los genéricos en los ochenta?

HS: –Hace 20 años, las compañías internacionales tenían razón cuando decían que era imposible demostrar que un biosimilar era un biosimilar, porque no estaban las metodologías analíticas que pudieran comprobar que un producto era exactamente igual al otro. Hoy sabemos que no es así, los métodos analíticos son tan sofisticados que es perfectamente demostrable que un producto sea igual al otro. Cuando surgieron los genéricos en los Estados Unidos, se decía que el que tomara genéricos pondría en riesgo su vida, porque el producto no era igual al original. Hoy el 70% de las prescripciones en Estados Unidos son genéricas. No en valores, en ese sentido representan el 30 por ciento.

GGG: –¿Qué opinás sobre financiar las enfermedades olvidadas, las huérfanas, las que no tienen mercado? ¿Debe haber una orientación de la industria hacia patologías endémicas?

HS: –Con el tema de las enfermedades huérfanas hay distintos tipos: las de los trastornos genéticos y las olvidadas. Estados Unidos tiene un sistema fantástico que al Estado no le

cuesta nada. Si uno investiga en una enfermedad pediátrica rara, o alguna enfermedad tropical, la FDA le entrega lo que se llama un *voucher transferrible*, que te permite que tu producto sea considerado prioritario para ser tratado por la FDA, aunque haya sido presentado último. Estos *voucher* se venden. Nosotros recibimos uno con la enfermedad del Chagas y tomamos dos compromisos: atender el producto a un precio accesible y destinar el 50% del *voucher* para la investigación. Esto produjo adhesión y en los Estados Unidos la información fue importante porque planteó un modelo alternativo, más transparente que el modelo per-

cional, y en el tercer año el 10% al importado. Si el paciente quiere comprar el importado le va a costar. Desde hace seis meses está en jefatura de Gabinete y lo están estudiando.

GGG: –¿Cuál es el modelo educativo que te gusta y en el cual debiera asentarse un sistema para obtener investigación de excelencia?

HS: –Yo creo en el sistema educativo alemán, te permite que los chicos cuando terminan el cuarto año del secundario pueden ir por dos caminos distintos: el, bachillerato que eligen los que ingresan a la Universidad, y el sistema dual. ¿En qué consiste este sistema? Durante los dos últimos años

estimula puede empujar al resto hacia un camino posible.

GGG: –La última es más política y cuando hablamos de la locomotora del futuro ¿cómo hacemos para ensamblar el resto de los vagones para subirnos al tren, cuando sabemos que tenemos el 30% de nuestra población casi con aptitudes limitadas para un trabajo físico?

HS: –En alguna medida, el interrogante está. Sin embargo, quiero hacer referencia a dos experiencias personales que, a lo mejor, ilustren la respuesta. La de mi hijo Mariano, que hizo su doctorado en la Fundación Rockefeller, y cuando le pregunté cómo le había ido,



“A la Argentina le falta un sistema financiero que acompañe a los investigadores en su espíritu de transformar su primer conocimiento en una prueba de concepto y la prueba de concepto en un producto. Ahí está la falla”

verso de usar los recursos para usufructo personal.

GGG: –El Gobierno está hablando de una reforma fiscal ¿se sabe si hay alguna propuesta de la propia industria?

HG: Las distintas cámaras empresarias planteamos que la Argentina no ponga barreras arancelarias diferenciales muy altas para un producto que se produce en el país, en comparación con uno fabricado en el extranjero. Esta medida, que me parece inteligente, fue aprobada por el Ministerio de Salud, el Ministerio de Producción y la Superintendencia de Seguros. Supongamos que un producto tenga un reintegro de la totalidad del valor, si es fabricado en su totalidad aquí. En un plazo de tres años, el porcentaje reembolsable sería el siguiente. Durante el primer año, el 50% para el importado y el 100% al nacional. En el segundo año, el 35% al importado y 100% al na-

del secundario, quinto y sexto, los chicos van a la escuela dos veces por semana y los otros tres días trabajan en una empresa donde les pagan entre 400 y 1.000 euros por mes. En este sistema se inscriben 1.300.000 chicos alemanes por año, pero lo más destacado y excepcional es que dos tercios de esos chicos quedan en las empresas que los recibieron. Alemania entiende que así frena el problema de la desocupación juvenil. Me parece que el sistema educativo argentino, donde el chico que estudia en la Ciudad termina el secundario y deja de estudiar, tiene además poca incidencia de la vieja escuela técnica industrial. No es posible que un país desarrollado o no, no pueda garantizar la continuidad de la enseñanza, sobre todo en lo que se refiere a la innovación y la tecnología. Hay una parte de la población en situación marginal y otra que si se la

me contestó que había aprendido mucho con un premio Nobel, pero luego precisó: “Donde más me enriquecí fue en el café de Rockefeller”. Y me explicó que por ahí pasaban un montón de científicos importantes, a los que empezó a conocer y con los que compartía la mesa. “Aprendía por ósmosis”, me dijo. Por otra parte, si uno observa lo que pasa hoy en el campo argentino, donde el nivel tecnológico ha llegado a estándares muy altos, se ve gente que ha salido de las escuelas técnicas que pueden hablar de agronomía de precisión, de semillas, de fertilizantes, de plaguicidas, de drones. Hay como un microambiente por donde el conocimiento circula, y a mí me parece que ese micro ambiente es muy importante. La gente estando allí aprende, se nutre. Si, además, se le brinda la posibilidad de educarse, progresa aún mucho más. [U](#)